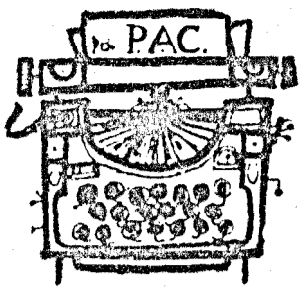


# escrito a máquina

## Otra Vez

## El Hombre

## Al Volante



Una señora me habló ayer por teléfono, a nombre de un grupo de damas y caballeros para pedirme que publicara de nuevo un "Escrito a Máquina" sobre la violencia del hombre al volante que apareció hace algún tiempo. Al final de la conversación me enteré que la dama era la madre de uno de los muchos accidentados y atropellados de esta semana, en que parece que ha recrudecido la insensata irresponsabilidad de los que guían vehículos. Me emocionó que esta señora pensara en los demás en el momento en que la aflicción y el sufrimiento anonadaban su corazón.

Mi viejo artículo se refería, en verdad a la sicología del automovilista cuyo comportamiento ha sido objeto y lo sigue siendo de multitud de estudios de sicólogos, de sociólogos e incluso de criminólogos y moralistas porque es el oficio humano que en nuestro tiempo mata más hombres. Antaño podía adjudicársele ese tenebroso campeonato al guerrero —formado para matar— pero hoy día es el "hombre al volante" el que destruye más vidas en las estadísticas de nuestra civilización.

Yo citaba la frase de Norbert Sillamy, quien aseguraba que el hombre moderno está regresando a la selva en carro. ¿Por qué la máquina nos lleva, tan inmediatamente a la jungla?

Recordé entonces una anécdota:

Estaba en una barbería y la fila de taxistas y automovilistas llenaba de pitazos la calle atascada. Un amigo indignado protestaba desde su silla por la vulgaridad, por el ruido, por los aullidos de la calle hecha selva. Diez minutos después mi amigo manejaba su carro y se produjo otro atascamiento de tráfico. Su claxon —verdaderamente insolente— no cesó de pitar. Ahora estaba al volante. Ahora era otra su sicología.

—Qué pasa con el hombre al timón?

¿Por qué se producen esos cambios de comportamiento, generalmente hacia lo brutal, hacia la violencia, hacia la temeridad, en gente que fuera del automóvil es suave, amañerada, prudente, etcétera? ¿Segrega algún elemento de monstruosidad ese enlace conyugal del hombre con la máquina y el personaje resultante —como en las metamorfosis antiguas de hombre-y-animal, como en los Centauros o Sirenas— es un monstruo o una sicología monstruificada?

El citado Sillamy nos dice: "El automóvil, instrumento cómodo y confortable de transporte, que permite extender nuestro campo de actividad, que nos libera de contratiempos y de horarios fijos, es más que un simple vehículo. Reduciendo las distancias nos introduce en un mundo abierto, dinámico, de elásticas fronteras: es un medio de libertad a nuestra disposición, capaz de satisfacer nuestro gusto por la aventura pero conservando el confort. Prolongando nuestras posibilidades naturales, multiplica nuestro poder, nuestra velocidad y nuestro radio de acción. El automóvil es el instrumento privilegiado de evasión del mezquino universo cotidiano...".

Eso! —Colocad —dice Emblegert— en ese vehículo de evasión al muchacho tímido que apenas se atreve a mirar a la muchacha de su vecindario: Sentado al timón se cree detentor del poder absoluto. Ahora da la vuelta a la esquina sobre dos llantas que gimen. Frena, como un centauro embramado. Ya es otro. El "otro". El "Walter Mitty" que tiene a su disposición un monstruo mágico para evadir su timidez y conquistar el mundo.

¿Y el "narcisista"? Que le diga alguien a ese elegante, displicente, engolillado conductor que lleva una mano en exposición y con la otra guía, que le diga alguien que su manera de manejar tiene este u otro defecto! Pasará como un meteorito —guiando con una sola mano— por entre camiones que se cruzan, o en curvas de vértigo. Nadie le ve. Pero le dijeron y él va probando a ese incrédulo imaginario que nadie lo llega al tobillo en el arte de manejar.

Y el hombrecito sufriente, el que ha aguantado todo el día un mal patrono o un compañero dominante, al subir a su auto ya es otro. Acelera, frena, maneja con imperio. Aquí manda, y su carro sumiso, obedece.

O el chofer de taxi que vemos meter los cambios como si quisiera ofender a alguien, o doblar en las esquinas con angular violencia. ¿Será un impotente sexual que se desquita con el carro, con la parte femenina (la máquina) de su metamorfosis mecanizada?

Pero no es necesario que el que maneja sea un caso de siquiatria. Todos sufren, todos sufrimos una transformación. Abandonamos nuestras maneras y en algún grado las traicionamos. ¿Por qué? ¿Será —como dice Sillamy— porque el chofer, al meterse en su automóvil, se encierra en un mundo aislado y el hombre se convierte en un "alienado" (en un extranjero de su alrededor) y como no dispone más que de medios de comunicación rudimentarios —el claxon, las luces— se vuelve un primitivo, un ser cavernario metido en su cavernita que en todo otro auto ve a un enemigo, que le niega las luces, que lo insulta, que lo pone en peligro...?

# 1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

Los hospitales están llenos de columnas rotas en esa lucha troglodita y elemental de negar luces, adelantar, guerrear desde el automóvil. Los cementerios repletos, ya no deberían usar como símbolo la guadaña en manos de la "quirina". —Basta con poner en sus manos un timón de automóvil!!

Sin embargo, hay algo que agregar a todo lo que se diga sobre la sicología del automovilista. Y eso que hay que agregar nos lo dio la afligida pero generosa madre que nos habló por teléfono.

Si el hombre al volante tuviera presente lo que esa madre tuvo presente, pudiera dominar la sicología de violencia que le imprime su pequeña caverna rodante. Y lo que tuvo presente esa madre es a los demás.

Frase sencilla cuyo olvido es la raíz de toda la violencia moderna. Olvidamos al prójimo. Y desde el momento en que se olvida al prójimo comienza el homicidio.

El chofer de bus cargado de pasajeros que se arroja a una situación peligrosa y expone salvajemente las vidas que se le han encomendado... olvida al prójimo. El que no da luces. El que se arriesga porque se siente héroe al volante sin recordar que no tiene derecho a exponer su vida y mucho menos las ajenas. El que provoca el choque porque tiene "la preferencia". El policía que vende su obligación de revisar los vehículos. El mecánico que engaña... han olvidado al prójimo.

Miles de cuerpos destrozados por la violencia testimonian este olvido del hombre moderno.

"Dios ha muerto" dice nuestra orgullosa civilización. Y se equivoca: lo que ha muerto es el prójimo.

PABLO ANTONIO CUADRA